



Siempre con más y mejor democracia

Always with more and better democracy

Daniel Arroyo

Licenciado en Ciencia Política (UBA). Docente universitario. Diputado nacional.

Recepción: 7/11/2023 | Aprobación: 13/11/2023

En 1983 era un pibe que estaba promediando la escuela secundaria. Vivía en Castelar y estudiaba en una escuela técnica en Hurlingham, para recibirme como maestro mayor de obras. Por mi edad, no voté en esas emblemáticas elecciones del 30 de octubre que consagraron a Raúl Alfonsín como el primer presidente de este ciclo democrático que está cumpliendo cuarenta años. Pero tengo recuerdos muy presentes, porque me había enganchado mucho con todo lo que sucedía, y era de los pibes más politizados de mi barrio y de mi escuela. En mi casa, leía el diario Clarín por las mañanas y La Razón por las tardes, y me detenía para leer en detalle las notas de opinión que analizaban el proceso electoral.

Tenía una militancia religiosa católica y participaba activamente de los grupos eclesiales. Sobre el final de la dictadura, habíamos comenzado a misionar e ir a los barrios pobres de la zona. Al principio, íbamos a lo que yo entendía que eran los barrios populares de alrededor de donde vivía, en Castelar; me refiero a zonas de Don Bosco o San Miguel.

Muchos curas empezaban a emerger y habían puesto en marcha una movida fuerte de trabajo en los barrios, de la que yo participaba siendo un pibe. En el medio de esas reuniones, conocí al obispo de Quilmes, Jorge Novak, que tenía una idea de una iglesia muy territorial, que tenía una opción preferencial por los pobres y era uno de los fundadores del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH). Novak me llevó a Villa Itatí, y fue un gran impacto. Me cambió la cabeza muchísimo porque comprendí que había una pobreza muy profunda que se volvía estructural. Eran las grandes víctimas del sistema de exclusión que había impuesto la dictadura, de la política de desindustrialización y endeudamiento.

Así que, a medida que iba avanzando en la escuela secundaria, me quedaba claro que lo mío no era lo técnico, sino que me empezaba a apasionar la política. Si bien no se había constituido un centro de estudiantes, sí hubo un crecimiento en los niveles de participación e involucramiento en los colegios, y me eligieron como delegado de mi división.

Cuando terminé la escuela secundaria, en 1985, me anoté para hacer el CBC de Ciencia Política. Tanto el CBC como la carrera de Ciencia Política eran creaciones del gobierno de Alfonsín. En esos años, se estudiaba mucho a los autores norteamericanos, la democracia, la consolidación de las instituciones, las reglas del sistema político. Yo viajaba —porque trabajaba durante el día en Capital, en una compañía de seguros, y estudiaba de noche— en tren todos los días, en el tren Sarmiento; y volvía y veía una olla popular y, por momentos, sentía que estudiaba cosas abstractas, que no tenían nada que ver con lo que pasaba.

En Semana Santa de 1987, fui con mi novia —hoy mi actual esposa— y una pareja de amigos a la plaza de Mayo, a respaldar al presidente Alfonsín frente a los levantamientos carapintadas. Si bien teníamos una mirada cada vez más crítica del gobierno, en especial de su política económica, creíamos que era fundamental apoyar esa democracia que tanto nos había costado conseguir.

Hoy, cuarenta años después, tengo una gran valoración de la figura de aquel presidente. El rol de Alfonsín fue fundamental para consolidar la democracia y la institucionalidad, para llevar adelante el Juicio a las Juntas Militares, para convocar al pueblo a que saliera a las plazas a defender sus derechos. Fue alguien que, sin dudas, hizo de la política una actividad mejor. Tenemos muchos desafíos pendientes, mucho por hacer, pero queda claro que ese camino tenemos que hacerlo de manera colectiva. Con democracia para siempre.